

El robot 1233453

En un pueblo pequeño, entre una panadería y una plaza llena de tilos, vivía un robot llamado 1233453.

Como su nombre era un poco largo, todo el mundo lo llamaba Tres.

Tres tenía seis años. Hacía seis años que lo habían encendido por primera vez y, desde entonces, se había dedicado a ayudar a la gente.

Cada mañana, cuando el sol tocaba su antena, abría sus ojos de luz azul y decía:

—¡Bip-bip! ¿Quién necesita ayuda?

Un lunes, la señora Margarita no podía llevar todas las bolsas del mercado.

—¡Yo la ayudaré! —dijo Tres.

Estiró sus brazos metálicos, cargó las bolsas y las llevó hasta su casa.

Después encontró a Jan delante de la escuela. Una rueda de su bicicleta se había aflojado.

—¡Yo te ayudaré! —dijo Tres.

Con un dedo destornillador, apretó la rueda en un momento.

Más tarde, el gato de la panadera subió a un árbol y no sabía bajar.

—¡Yo te ayudaré! —dijo Tres.

Alargó las piernas como si fueran dos escaleras y bajó al gato con mucho cuidado.

Tres continuó ayudando durante todo el día. Regó las flores de la plaza, recogió una pelota que había caído al arroyo y encontró las gafas del abuelo Miguel debajo de un banco.

Pero, cuando empezaba a oscurecer, oyó un ruido extraño dentro del pecho.

—Bip… bip… biiip…

La luz de su antena empezó a parpadear. Tres quiso caminar, pero las piernas no le respondían.

—¿Quién necesita… ayu… da? —murmuró.

Y se sentó en el suelo.

La señora Margarita fue la primera en verlo.

—Ahora eres tú quien necesita ayuda.

Enseguida avisó a los demás. Jan fue a buscar sus herramientas. La panadera trajo una manta. El abuelo Miguel encontró el cargador de Tres, que se había quedado olvidado en su taller.

Entre todos, lo conectaron a un enchufe.

Al cabo de un rato, la luz azul de su antena se encendió.

—¡Bip-bip! —hizo Tres—. ¡Ya vuelvo a funcionar!

Todo el mundo aplaudió.

—No sabía que yo también podía pedir ayuda —confesó el robot.

—Todos la necesitamos alguna vez —explicó la señora Margarita.

Al día siguiente, Tres volvió a salir a la calle. Ayudó a barrer la plaza y a reparar un juguete. Pero, cuando su batería empezó a bajar, se detuvo.

—Ahora descansaré un poco —dijo.

Jan le guardó un sitio en el banco. La panadera le llevó una taza llena de tornillos crujientes, que eran su golosina favorita.

Tres miró a todas las personas a las que había ayudado y comprendió algo importante: ayudar no significaba hacerlo todo solo.

Desde aquel día, cada mañana levantaba la antena y preguntaba:

—¡Bip-bip! ¿Quién necesita ayuda?

Y después añadía:

—Si yo también la necesito, os lo diré.